

# La Fe Hace Que Nuestra Obediencia A Dios Sea Libre De Ansiedades

Martín Lutero

Sermón para el 4º Domingo después de Trinidad.  
Fecha: 29 de junio de 1539.

Texto: 1ª Pedro 5: 7, 8. *Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.*

Introducción: En lugar de posar nuestras miradas en las reliquias de los santos, debiéramos posarlas en su corazón. Esto podemos hacerlo si escuchamos el mensaje que ellos nos transmitieron.

Hace poco tratamos el pasaje de la 1ª carta de San Pedro en que el apóstol nos exhorta a humillarnos bajo la poderosa mano de Dios. Según estas palabras, los cristianos deben ser humildes, y acordarse de que Dios resiste a los soberbios. Deben ser conscientes además de que sobre su cabeza se alza una mano poderosa que luchará contra ellos si se muestran orgullosos y presumidos, de modo que sus altivos planes no prosperarán. Después de aquella advertencia, el apóstol prosigue: "Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros". Hoy es el día de San Pedro. Es justo, pues, que honremos su memoria, así como también la de San Pablo, dado que estos dos son los principales de entre todos los apóstoles. Pero al hacerlo, cuidémonos de recurrir a leyendas, porque todas éstas han sido falsificadas por el papa. Antes bien, atengámonos a lo que se nos dice en el Evangelio. Allí se establece como hecho cierto que tanto Pedro como Pablo fueron llamados al apostolado por Cristo mismo. Además, todos los libros de historia concuerdan en que Pedro fue crucificado en Roma, durante el reinado de Nerón, y Pablo, degollado. En cambio, lo que el papa difunde con respecto a San Pedro son grandísimas mentiras. Hoy celebran en Roma la fiesta máxima de la iglesia; pero no para honrar a Pedro mismo, sino para ensalzar el hecho de que Pedro es, como dicen, la cabeza del orbe entero. Por eso el papa en persona canta hoy la misa y las vísperas. Hoy se exponen también a la vista del público las cabezas de Pedro y Pablo, de las cuales se afirma que son los cráneos auténticos de los dos apóstoles. Pero en realidad, los cráneos que muestran allá en Roma son de madera, y no son más auténticos que los que vemos pintados aquí en nuestro medio. El papa y los suyos saben muy bien que lo que ponen en exposición son calaveras de madera, y no obstante hacen creer a la gente que se trata de reliquias verdaderas. En ese virtuosismo de engañar al pueblo no hay quien supere al papa y su compañía. Los turcos y los tártaros son sin duda gente malvada, pero ni siquiera a ellos se les ocurriría hacer pasar unos trozos de madera por calaveras de Pedro y Pablo. Pero así es como acostumbran proceder el papa y los suyos para embaucarnos a nosotros pobres

cristianos. Sobrado motivo tenemos por lo tanto de dar gracias a Dios por haber salido de aquel error, y por no tener ya necesidad de venerar objetos sin valor como lo hacen en la iglesia romana. Yo mismo vi en Roma unas imágenes que atribuyen a Lucas y que gozan de grande estima; mas aunque fueran auténticas, ¿de qué podrían servirnos? Nosotros no poseemos los cráneos de Pablo y Pedro ni otra reliquia de ellos, pero poseemos algo mucho más valioso; su espíritu y su alma, el mensaje que Dios puso en su corazón para que nos lo transmitieran. En lo que a sus restos mortales se refiere, la verdad es que los de Roma ignoran hasta el día de hoy dónde se hallan en realidad el cuerpo de Pedro y el de Pablo, por más que afirmen estar en posesión de ellos. Dios hizo con los apóstoles lo mismo que había hecho antes con Moisés, quien tuvo que morir en el desierto para que los judíos no le adoraran; así también Dios hizo que los cuerpos de los apóstoles descansaran en lugares ocultos para no ser objeto de adoración. En Francia, dicen, tienen los cuerpos de seis apóstoles, en España cuatro, y aquí en Alemania, en Tréveris, tienen al apóstol Matías. Nosotros en cambio, así como tenemos al Cristo viviente, tenemos también a Juan, Pedro y Pablo, no como reliquias, sino plenos de vida: su espíritu y su alma viven en nosotros y hablan con nosotros. Aunque yo poseyera todos los huesos de estos santos, depositados en un ataúd de oro, ninguno de ellos podría decirnos una palabra. Mas si ya no los oímos hablar con viva voz, ¿qué importa? ¿Acaso no tenemos su palabra escrita? Por esto dejemos que el papa y los suyos sigan hablando tonterías acerca de reliquias milagrosas que ellos mismos inventaron; nosotros nos atendremos a la enseñanza de los apóstoles, y a las cartas que nos han dejado. En lugar de venerar falsos relicarios, hagamos de nuestro corazón y nuestra mente una verdadera caja de tesoros, y depositemos en ella la sabiduría y los pensamientos de Pedro y de Pablo. ¿Qué hacemos con tener sus huesos guardados en un templo revestido de oro? Aquí empero, en sus cartas, podemos oírlos hablar cual si aún estuvieran con vida. ¿O acaso, estando vivos, nos dirían algo diferente de lo que escribieron en sus cartas? A través de éstas nos habla Cristo mismo; por eso son palabras llenas de espíritu y de vida.

Sean pues estas palabras apostólicas nuestras verdaderas reliquias, reliquias que en Roma no tienen. Entonces, cada día en que oímos los Evangelios y las Epístolas escritas por aquellos mensajeros de Dios, se convierte para nosotros en una fiesta de los apóstoles: los oímos tal cual los oyeron los que estaban sentados en derredor de ellos; y quienes los han oído, han oído palabras de vida eterna. Por lo tanto, ¡bienaventurados los que poseemos los escritos de los apóstoles! Si me dan a elegir entre el alma y espíritu de David y su cuerpo, prefiero mil veces su alma y espíritu. ¿Qué podría decirme su cuerpo? En cambio, si abro el Salterio, David habla conmigo como si estuviera delante de mí. Y así, aceptando la predicación de Pedro y Pablo y honrándolos en espíritu, los enaltecemos mucho más que el papa con sus leyendas y ceremonias. No le rindes ningún honor a Pablo con encerrar sus huesos en un arca. Si quieres honrarle de veras, toma su carta a los Romanos y las demás que escribió, y léelas, para que aprendas a conocer a Cristo, cuyo mensaje Pablo predicó, no para hacerse festejar como grande hombre sino para que se le pudiera dar el testimonio de haber predicado a Cristo. Y como Pablo, hicieron también Pedro y todos los demás santos hombres de Dios. También yo por mi parte deseo mucho más tener aceptación con la enseñanza que predico, que ser colocado después de muerto en un ataúd de oro. Incluso los poetas buscan aplauso no para su cuerpo sino para sus poemas. Por lo tanto, honramos a Pedro y a Pablo de veras cuando prestamos oídos a la voz de su corazón, a la doctrina que ellos nos comunican por medio del espíritu que habitaba en su alma. Allí, en su enseñanza, allí es donde debes brindarle la recepción a Pedro, allí tienes su espíritu, su alma, su corazón.

"Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo" (1ª Pedro 5:6). Con esto, Pedro quiere decirnos: "Que te hayas aferrado a estas palabras,

y que mediante mi predicación hayas conocido a tu Dios y Señor y sus pensamientos respecto de ti, esto es gloria para mí". Y ahora sigamos oyendo lo que San Pedro extrae del relicario de su corazón.

1. La ansiedad es algo mundanal y no trae beneficios a nadie. Es propio del mundo estar ansioso de éxito y afanarse por el día de mañana.

"Echad toda vuestra solicitud sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. ¡Verdaderamente, una hermosa predicación) que brota del corazón mismo de San Pedro! ¡Aprended lo que el apóstol os quiere enseñar con ella: que podéis arrojar sobre Dios todas vuestras cuitas, y tener la plena certeza de que él cuidará de vosotros! En otro pasaje, el apóstol dice de los cristianos que su vida no puede ser sino una vida de muchos padecimientos. Todo lo que os oprime, ya sea que se refiera a la vida del cuerpo o a la vida del alma, encomendadlo tranquilamente a Dios, con alegría de corazón. No os pongáis a cavilar: ¿De dónde sacaré el dinero? ¿Cómo haré para conseguir una casa? ¿Dónde quedará cuando sea viejo? ¿Cuándo habré de morir? Así piensa el mundo incrédulo, que no hace otra cosa que afanarse por el día de mañana. El mundo está ansioso de amasarse una fortuna, de conservarse en buen estado de salud, de asegurarse una vida lo más grata posible en esta tierna. Propio del hombre espiritual es ocuparse ansiosamente en conseguir un Dios misericordioso y una muerte bienaventurada. ¡Escucha —dice Pedro— lo que quiero enseñarte! Léete el Salmo 55 (v. 22): "Echa sobre el Señor tu carga", y haz lo que allí se dice: échala de ti, échala sobre el Señor, y di: "Dios del cielo, tú me creaste. Y bien: si ahora las cosas no van como yo quisiera, gustosamente aceptaré de tu mano también lo otro, lo aparentemente adverso." Y el Señor por su parte te dice: "Vete y cumple con lo que tus ocupaciones demandan de ti, y deja lo demás a mi cargo." Ésta es la enseñanza a que hemos de ajustarnos los cristianos.

Quien como gobernante da lugar a la ansiedad, descuida su deber.

Dicha enseñanza no se halla en ningún otro lugar sino sólo en el corazón de San Pedro y otros apóstoles; y de allí pasó a su pluma como testimonio escrito para nuestro bien. Ningún gentil, ningún jurista es capaz de echar de sí la ansiedad. Al contrario: viven en perpetua y terrible zozobra, y cuando algo no les sale bien, casi pierden el seso. Fíjate en la existencia de cada uno de ellos, ante todo en la de los grandes de esta tierra: pasan sus días con planes y preocupaciones inútiles, y cuando sufren algún revés, caen en la desesperación. Mucho mejor es que sigas el consejo de Pedro y digas: "Yo cumpliré con mi deber como empleado; ¡que el príncipe cumpla con el suyo, que proteja a los ciudadanos pacíficos y castigue a los malos!" Pero no; la mayoría no piensa así, sino que preguntan, recelosos: "¿Cómo! ¿Así que yo tengo que imponer castigos, censurar con duras palabras? ¿Y si el así castigado o censurado me causa un daño?" Si quieres torturarte con ansiedades de esta índole, mejor será que renuncies a tu cargo. Los que se desempeñan en el gobierno, se complacen grandemente en oírse alabar por todos los sectores de la población; y no obstante, ninguno de ellos está dispuesto a cumplir con las obligaciones que su cargo le impone. Si se recurre a ellos en demanda de que como magistrado intervengan en determinado asunto, contestan: "Está muy bien; pero existe el peligro de que me ocurra esto o aquello." Pero no por eso hemos predicado acerca de la dignidad de la autoridad civil para que tú luzcas ahora ropaje ostentoso, etcétera. No por eso hemos predicado acerca de la

dignidad de las autoridades eclesiásticas e insistido en que el obispo es una persona que merece respeto, para que ese obispo se dé añaora aires de príncipe. Muy al contrario: la obligación de las autoridades es salir de su cómoda reserva, adoptar una posición firme ante los malhechores, y castigarlos sin titubeos cuando sea necesario. Esto es lo que Dios quiere; el honor y respeto ya vendrán por sí solos. Nuestros gobernantes en cambio quieren ser tenidos en alta estima por ser de noble cuna, y quieren hacer uso del evangelio sólo donde su aplicación les otorga el prestigio de ser gente bondadosa y pacífica. ¡No! Cumple tú con tus obligaciones, y encomienda tus ansiedades al Señor. Hay quienes me dicen: "No debes actuar y escribir contra los obispos en la forma como lo estás haciendo, pues fácilmente podrías provocar con ello el disgusto del de Maguncia". Esto lo dejo al cuidado de Dios. A la inversa, si yo no procediera de este modo, con toda razón se me debiera preguntar: "¿Qué haces que todavía estás desempeñando este oficio? Deja que tu puesto lo ocupe otro que echa su ansiedad sobre Dios y cumple con su deber de predicador". En todos los órdenes de la sociedad hay fallas; pero donde más las hay es en el gobierno; nadie quiere ponerle el cascabel al gato. "Que las clases inferiores se gobiernen a sí mismas", proponen algunos. Con esto no se llega a nada, y Dios lo sabe muy bien. Por esto instituyó las autoridades. Por esto puso a los niños bajo la autoridad de sus padres, porque los niños son por naturaleza malos. La falla está en que la mayoría de los hombres no quieren hacer lo que les corresponde, y no quieren encomendar sus dudas y celos a Dios. Dios cargó con el fardo más pesado: el cuidado por los hombres. Él tenía luz antes de haber creado el sol, y bien podría carecer de él — en efecto, para su propio uso no necesita sol alguno. También podría gobernar a la gente sin valerse de tus servicios de gobernante; podría castigar a todos los asesinos, sin necesidad de jueces ni de verdugos. Pero no quiere hacerlo todo solo; quiere utilizarte a ti para que tú, como autoridad, castigues a los malhechores, como leemos en Romanos 13 (v. 1 y sigtes.). Podría predicar con prescindencia de todos los apóstoles, consolar a los acongojados, reprender y castigar a los soberbios. Sin embargo, su voluntad es hacer todo esto por la mediación de hombres. Aquellos de entre sus encargados que no cumplen con sus obligaciones son "perros haraganes, que engordan echados sobre almohadones; apestan, comen los buenos bocaditos de su plato, y no quieren ladrar", como dice Isaías (56:10, 11). Si queréis ser cristianos, tenéis que confesar a Cristo; y entonces tendréis que hablar y vivir también de una manera que disgusta a la gente, y tendréis que llamar los pecados por su nombre. "¡Adelante, pues!", nos dirán; "¡hacedlo, y ya veréis que todos los males caerán sobre vuestra cabeza!" Quizás sea así; pero no des lugar a la ansiedad sino prosigue en el camino de tu deber, impertérrito como un caballero bien armado. Si no fuéramos perros tan haraganes y voraces, Dios lograría grandes cosas por medio de nosotros. Los turcos son distintos; allí todo es persistencia y dedicación. Por esto, nuestro Señor permite que el enemigo tenga éxito en sus empresas. También el papa se muestra muy activo en la defensa de sus intereses. Sólo nosotros no nos movemos; todos queremos estar sentados sobre almohadones. Si temes las injurias de los hombres, eres un inservible y un pelele. Pero también tú que te jactas diciendo: "Yo ostento el poder y tengo las fuerzas para ejercerlo, y lo ejerceré de una manera tal que aprenderán a temerme" — precisamente tú eres en buena parte culpable del mal gobierno y de todos los demás males. En todo caso, en mi cargo de predicador del evangelio debo guiarme por esta norma: así como fui puesto para señalar como culpables a los que en realidad lo son, así lo haré, aun cuando mi actuar disguste a la gente y despierte en muchos un rencor contra mi persona. Pensaré entonces: "¿Qué me importa tu disgusto o rencor? De todos modos, la tarea que emprendí, no la emprendí para cosechar tu aplauso".

2. La despreocupación a que hemos sido llamados los cristianos trae muchas bendiciones.

A nosotros nos corresponde el trabajo y el padecimiento; Dios se hace cargo del cuidado.

Suceda lo que Dios quiera: nosotros por nuestra parte debemos dedicarnos a nuestro quehacer y padecer lo que padecer nos tocara, y echar nuestra ansiedad sobre el Señor. Y de la misma manera debemos comportarnos en la enfermedad y en la muerte, si es que somos cristianos. Así nos lo enseña San Pedro en su palabra que nos legó cual reliquia sagrada. Dios me concede la vida por el tiempo que a él le place; y la experiencia enseña que la conservación de mi vida hasta el día de hoy no se debió, por cierto, a mi propio cuidado y previsión. Por esto mismo Dios nos ha dado a su Hijo; en él, pues, deberé morir cuando llegue mi hora, y decir confiadamente a mi alma: "Vete en paz, alma mía". De este modo, el Espíritu Santo quiere llenar de paz y consuelo, mediante las palabras de Pedro, los corazones de los cristianos, a fin de que hagan y sufran todo, también lo que les cueste hacer y sufrir, y no obstante conserven un corazón alegre que lo encomienda todo a Dios y le dice: "Yo hago lo que se me encargó. Si esto me acarrea persecuciones, las soportaré hasta donde me alcancen las fuerzas. Y si he de morir, encomiendo mi alma al Señor, para que el cuidado quede totalmente en manos de aquel que asumió la responsabilidad de velar por mí." Pero nosotros invertimos los papeles; nos desgarramos y consumimos con nuestros temores y ansiedades, y nos preguntamos: "¿Cómo puedo hacer esto, y cómo lograr aquello?" Y en esto nos detenemos tanto que al fin y al cabo no hacemos ni logramos nada. El Predicador dice: "Cumple con tu deber, y no te inquietes con vanas preocupaciones". Aunque estemos ansiosos por largo tiempo de que llueva o de que brille el sol, no por eso el tiempo cambiará. Mucho mejor será que ares la tierra y ruegues: "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo". Las eternas preocupaciones de los campesinos y de los nobles vienen directamente del diablo. Los cristianos hemos sido llamados a trabajar, y a sufrir. El que quiere desempeñar bien su oficio, tendrá que cargar también con diversos padecimientos. Hagamos pues estas dos cosas: trabajemos, y suframos; lo tercero, el preocuparse, encomendémoslo a Dios. El mundo hace lo contrario, y con esto se pone trabas a sí mismo: no quiere saber nada de padecimientos, y precisamente por eso se hunde más y más en sus preocupaciones. No puedes hacer cosa mejor que trabajar sin largas cavilaciones, y rogar que Dios bendiga la obra de tus manos. Y si después se os presentan adversidades, soportadlas con ánimo sereno. No por esto debes sentirte abandonado por Dios; sino que puedes decir con toda calma: "Oré, y encomendé las cosas, al Señor; él ya lo llevará todo a feliz término".

Quien echa su ansiedad sobre Dios puede vivir feliz y confiado.

Esta enseñanza la tenemos solamente los cristianos; el papa, los juristas y los turcos no la tienen. Los judíos podrían tenerla, si no blasfemasen contra Cristo. Pensemos siempre en esto: Dios es el Omnipotente que puede darnos todas las cosas; invoquémosle sin temor alguno como a nuestro Padre, y dejemos que él tenga cuidado de nosotros. Así es como a él le agrada. Y así es como podemos hacer para quedar libres de todas las preocupaciones. Él tiene hombros robustos, por eso echad sobre él todas vuestras cargas. "Porque él tiene cuidado de vosotros." ¡Cuán contentos nos pondríamos si esta seguridad de "cuidar de nosotros" nos la diera una persona con una inmensa fortuna; si nos la diera un hombre capaz de cuidar de nuestra vida y de nuestro sustento; si un príncipe pudiera hacer esto por nosotros! ¡Cuánto más debiéramos alegrarnos al oír predicar en este momento que esta seguridad nos la da Dios, el Veraz, el Omnipotente, tan

veraz y omnipotente que tranquilamente podemos echar sobre él toda nuestra ansiedad! Si lo hiciéramos, viviríamos mitad en el paraíso. Si nos diéramos cuenta de que aquí se nos ofrece la liberación de todas las preocupaciones, nuestra vida sería verdaderamente feliz. ¡Cómo corríamos en otros tiempos a Roma y a otros lugares de peregrinación, anhelando poder librarnos de preocupaciones! Impulsado por este anhelo yo me hice monje, y si hubiera tenido que correr hasta los últimos confines de la tierra, de seguro que lo habría hecho. Y ahora Dios viene a nosotros sin que nos cueste un centavo. El Dios que te creó y que mantiene tu vida, él tiene cuidado de ti. Mientras tú mismo quieras tener cuidado de ti, habrá martirios más que suficientes. Pero cuando te dedicas a tu trabajo y soportas los males que se te presentan, Dios tiene cuidado de ti. Si las cosas no van como tú quisieras, no te inquietes: el Todopoderoso mismo tiene cuidado de ti. Si adoptáramos esta práctica, tendríamos medio reino celestial, medio paraíso sobre la tierra. ¡Imagínate lo precioso que es vivir tranquila y pacíficamente al amparo del Altísimo! Aun cuando el mundo esté lleno del mal francés<sup>1</sup> o de la peste, el que se sabe cuidado por el Señor puede mantenerse con ánimo bueno y alegre. De dónde viene la peste, no me interesa ni me importa; porque Dios es Señor también sobre ella. Para un hombre que lo encomienda todo a Dios, todos los males, aun los peores, se convertirían en un yugo suave. El que no lo hace, es incapaz para toda obra buena, incluso para el sufrimiento, y se torna más y más inservible — una verdadera vergüenza.

Quien se entrega a dudas y aprensiones se torno, inservible.

Si deseas ver a Pedro —no su cráneo, sino su corazón— entonces escucha lo que te dice: "Echad vuestra ansiedad sobre Dios, no la llevéis a costas como una carga pesada." Y este "echar sobre Dios" debes hacerlo sin pensar dubitativamente: "¡Quién sabe si Dios se acuerda de mí!" Pues esta duda te resta capacidad tanto para el trabajo como para el padecimiento. Tampoco es el caso que al echar vuestra ansiedad sobre Dios, la tiráis simplemente en un rincón, como opinan los que quieren saberlo todo mejor; tan fácil no es desprenderse de las ansiedades. Por esto, Pedro te dice: No dudes de que Dios te ordenó echar sobre él lo que te preocupa, y echar sobre él iodo cuanto puedas. Cuanto más echas sobre él, tanto más le agrada. Si procedes de esta manera, lograrás en un solo año más que otros en cien. Un soberano que anda con temores, no cumple con su deber. En cambio, el hombre que dice: "A ti, Señor, encomiendo mi plan o mi trabajo; en tu nombre me arriesgaré a emprenderlo; si me da mal resultado, lo soportaré con ánimo sereno" — el tal hombre puede hacer mucho bien; porque la gran piedra, a saber, su incredulidad, su ansiedad y sus lúgubres pensamientos, ha sido removida. Esta piedra está colgada ahora en el cuello de nuestro Señor y Dios; allí está en lugar seguro. En verdad, una máxima excelente, áurea, que todos debiéramos grabarnos en la memoria: "Ten la certeza de que el Señor tiene cuidado de ti". Satanás siembra la ansiedad en nuestro corazón; pero allí no es el lugar para ella, sino sobre las espaldas de nuestro Dios. Él nos dice: "Yo ya me ocuparé en velar por la marcha de tu trabajo, sea en tu casa o donde fuere". Si los hombres no se atienen a esto, se les llena el corazón de tristeza y preocupaciones; y en consecuencia, se vuelven malhumorados y desganados, temerosos ante el más insignificante obstáculo, incapaces de sufrir reveses. Y lo tienen bien merecido por su terquedad con que invierten las cosas: los que ocupan un cargo de responsabilidad, no quieren echar sobre Dios sus ansiedades, por esto los asaltan mil temores. Si tuviéramos personas capacitadas para ejercer el gobierno y fieles en el desempeño de sus

---

<sup>1</sup> Lutero aquí se refiere a la sífilis, que afectó en Europa de gran manera entre 153 – 1540 aprox.

obligaciones, no habría por qué temer fracasos. Pero de los consejeros, nobles, jueces y pastores, ninguno quiere molestar. Ciertamente, si por entregarte a vanas preocupaciones descuidas tus tareas de gobernante, tendrás que rendir cuentas de ello ante Dios. Tú, príncipe, llevas una corona; tú, obispo, un rosario; los hombres te tributan respeto, os rinden honores, os invisten de poder, os confieren cargos en el gobierno, etcétera. Vosotros en cambio no cumplís con vuestros deberes, sólo queréis hacer vuestro agosto, y no ensuciaros los zapatos. ¿No veis cuan necesario es ejercer un buen gobierno, aplicar castigos a los que no acatan las leyes, encaminar bien a la juventud? Si todo esto se hiciera por sí solo, no habría ninguna necesidad de implantar instituciones y poderes. Pero la voluntad de Dios es valerse de tus servicios para ejecutar su obra; a través de nuestra debilidad, él quiere manifestar su majestad. En este sentido me aceptó a mí como predicador, a mí que no soy más que una mosca y una burbuja, a mí a quien él previamente creó de la nada. Y de la misma manera nos aceptó a todos, a pesar de que ante él no somos nada: hoy vivimos, mañana morimos. No obstante, Dios no enfrenta al diablo con su divina gloria y majestad como lo hará en el día postrero, sino que por ahora puede hacerlo también, y con éxito, mediante hombres que son pura debilidad e insensatez.

Hay que estar alerta, pues bajo la ansiedad se esconde el diablo con sus acechanzas.

Después de exhortarnos a echar nuestra ansiedad sobre Dios, Pedro nos habla del diablo (v. 8). Con esto -te muestra claramente que el que provoca la ansiedad y causa todos los males, es el diablo. El diablo "anda alrededor como león rugiente". No fuimos sentados sobre cojines para pasar una buena vida. Antes bien, nos vemos enfrentados con un terrible adversario, el diablo. Si sólouviésemos que luchar contra sangre y carne, la lucha sería fácil. Lo grave es que nuestro enemigo es el diablo. Este enemigo está lleno de maldad, y es un enemigo poderoso. No tiene la intención de pelear contra piedras y árboles — si bien a veces se dedica también a esto — sino que el blanco de su furor sois vosotros los cristianos. No es un adversario que pasa el tiempo roncando sobre blandos almohadones, sino que anda alrededor día y noche, sin descanso. Y esto lo hace no simplemente para ver lo que estáis haciendo, sino para buscar cómo devoraros. Por lo tanto, no os sintáis tan seguros como si el diablo estuviera allende los mares. El está aquí, en nuestra ciudad, en nuestro hogar, en nuestra propia carne y sangre, y tenemos a la vista los males que causa, los actos de violencia, la envidia, por no hablar de atrocidades más grandes aún, como asesinatos, etc. Sabemos p. ej. que cerca de Eilenburg, una mujer, enceguecida y poseída por el diablo, mató a su propio esposo porque otro hombre la había seducido. Tales casos el diablo los origina a menudo. Estemos atentos, pues, a lo que nos dice Pedro. Tenemos un adversario que no sólo entorpece las funciones del gobierno eclesiástico y civil, sino que además induce a los hombres a cometer los más detestables crímenes. Sólo aquí, en la palabra de Dios, oímos la verdad en cuanto al diablo, sólo aquí se nos enseña a comprender cuáles son sus intenciones. Pero los hombres no prestan atención a la palabra de Dios, y así llegan a ser después una fácil presa del diablo. Si ya a nosotros, que oímos la palabra de Dios a diario, nos cuesta tanto resistir al diablo, ¿cómo podrían defenderse de él los que actúan sin ningún conocimiento, fe y temor de Dios? Permanezcamos, pues, firmes en la palabra, y Dios tendrá cuidado de nosotros.